



Paper Universitario

TÍTULO

**PONENCIA DE INAUGURACIÓN DEL COLOQUIO INTERNACIONAL
ESTUDIOS LITERARIOS Y ESTUDIOS DE LA CULTURA EN
AMÉRICA LATINA: REFLEXIONES DESDE EL CENTRO DEL SUR**

AUTOR

**Fernando Balseca,
Profesor del Área de Letras de la
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador**

Quito, 2012

DERECHOS DE AUTOR:

El presente documento es difundido por la **Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador**, a través de su **Boletín Informativo Spondylus**, y constituye un material de discusión académica.

La reproducción del documento, sea total o parcial, es permitida siempre y cuando se cite a la fuente y el nombre del autor o autores del documento, so pena de constituir violación a las normas de derechos de autor.

El propósito de su uso será para fines docentes o de investigación y puede ser justificado en el contexto de la obra.

Se prohíbe su utilización con fines comerciales.

Ponencia de inauguración

Coloquio internacional

“Estudios literarios y estudios de la cultura en América Latina:
reflexiones desde el centro del Sur”,

12 de septiembre de 2012

Comprendí entonces que escribir, más que transmitir un conocimiento, es acceder a un conocimiento. El acto de escribir nos permite aprehender una realidad que hasta el momento se nos presentaba en forma incompleta, velada, fugitiva o caótica. Muchas cosas las conocemos o las comprendemos sólo cuando las escribimos. Porque escribir es escrutar en nosotros mismos y en el mundo con un instrumento mucho más riguroso que el pensamiento invisible: el pensamiento gráfico, visual, reversible, implacable de los signos alfabéticos.

Julio Ramón Ribeyro¹

Duplicado aparece el vocablo ‘estudios’ en la denominación de este coloquio internacional en ocasión de los 20 primeros años de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Tal vez la repetición no sea errónea ni casual, sino que insiste en la circunstancia de que en todas las épocas por las que transitoriamente pasamos se requiere de estudios y de estudiosos, es decir, de un conglomerado de personas cuya experticia consiste principalmente en leer y que genera no sólo una meditación hacia adentro sino que procesa los fundamentos a partir de los cuales fortalecemos una ética para responder a los tiempos en que nos ha correspondido existir. La lectura –de sucesos del globo, de libros, de objetos, de fenómenos– nos permite preparar en nosotros mismos un estado de ánimo y de la inteligencia con el fin de asumir posiciones.

¹ Julio Ramón Ribeyro, *Prosas apátridas (completas)* [1975 y 1982], Lima, Seix Barral, 2009.

Con este coloquio internacional también festejamos la aparición del Área de Letras en la Universidad. Mirado casa adentro –y por qué no casa afuera–, este espacio académico institucional ha concretado un recorrido significativo porque ha sido, y es, un intento sostenido para desarrollar en el ámbito del posgrado el conocimiento de aquel productivo genérico que son las letras; y, a juzgar por la persistencia en el tiempo y por sus resultados, ha sido en buena parte exitoso, pues la cultura y la literatura han recibido en el paisaje universitario la atención que la sociedad en general no les concede en sus debates. Aunque el pragmatismo que rodea no sólo al ámbito universitario sino a la actividad social pueda muchas veces hacernos creer de que se tratan de estudios que tienen, a fin de cuentas, poco peso social, podemos afirmar con convencimiento que, paradójicamente, los productos humanos que más se recuerdan de un tiempo histórico son los de la cultura, las artes y la literatura. Con las letras se divulgan y se producen saberes sobre activos centrales: nosotros mismos, nuestras mentalidades, nuestras ensoñaciones, nuestras ficciones que, muchas veces, son portadoras de una potencia que dice más del mundo que muchas teorías aparentemente duras y objetivas sobre la realidad.

Porque conformamos un colectivo de personas que leen, se informan y cuestionan, no podemos pasar por alto el momento en que estamos viviendo en la región y, particularmente, en el Ecuador. La apuesta por la libertad que aprendemos de las manifestaciones culturales, ricas, diversas y espontáneas, y la creatividad con que apreciamos a diario los textos poéticos, nos exigen ser críticos y observar con suprema atención la manera en que los discursos políticos que dominan la realidad actual están circulando y tratando de afectar nuestras sensibilidades y afectividades. Por eso no podemos, para espantar ciertos temores por lo que nos pueda ocurrir como personas o como institución, pasar por alto los tensos momentos, ciertamente en algo productivos,

que el sistema universitario ecuatoriano en su conjunto está atravesando por estos días en que se discuten reglamentos elaborados por los organismos que regulan el sistema de educación superior, que contienen disposiciones que pondrían en serio peligro la existencia de universidades de larga data y tradición en el país. Aunque el Ecuador entero está siendo reorganizado bajo nuevos parámetros, no cabe duda de que las universidades –lugares, en definitiva, donde se sigue produciendo pensamiento crítico, que muchas veces afecta al poder, a cualquier poder, a todos los poderes– son todavía ubicaciones incómodas porque en ellas se alimenta el derecho de producir pensamiento cuestionador.

¿En qué contextos políticos y sociales hablamos y organizamos las reuniones de hoy? En las universidades ecuatorianas se está generando intensas discusiones en torno al “Reglamento transitorio para la tipología de universidades y escuelas politécnicas y de los tipos de carreras o programas que podrán ofertar cada una de estas instituciones”, propuesto por el Consejo de Evaluación, Acreditación y Aseguramiento de la Calidad de la Educación Superior (CEAACES). No se puede negar que, como sistema, la universidad ecuatoriana no ha estado cumpliendo de manera óptima con sus objetivos, especialmente en lo que tiene que ver con el campo de la investigación; pero también es innegable, por otro lado, que la profesionalización y la divulgación del conocimiento han sido prácticamente provechosas y que si el sistema que tenemos hay que mejorarlo, entonces es necesario –al mismo tiempo que se le demandan nuevas exigencias– dotarlo de recursos, propiciar un clima de mejor entendimiento, y no amenazarlo desde el inmenso poder del Estado. La Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, la Escuela Politécnica Nacional, la Corporación Ecuatoriana de Universidades Particulares (CEUPA) –que agrupa a once universidades, entre ellas, la Universidad del Azuay y la Pontificia Universidad Católica del Ecuador–, se han pronunciado individual o

grupalmente para hacer saber del ambiente riesgoso en el que hoy trabajan las universidades.

Por tanto, nosotros que apreciamos la figura del investigador, de la persona que lee sistemáticamente, de aquel que mira con detenimiento la compleja y ambigua expresión de la realidad, para no levantar olas incómodas, ¿debemos dejar de mirar el entorno que nos rodea y concentrarnos solamente en nuestros paradigmas particulares de nuestros campos específicos de estudio? Esta postura no solamente que es imposible sino que atentaría contra la semántica y la ética contenidas en la palabra ‘estudios’. Estudiar la realidad, estudiar sus procesos, estudiar nuestras producciones culturales y literarias, sin duda alguna, nos fuerza a mirar el exterior en que moramos, y a intentar decir algo sobre él en aras de comprenderlo y, quién sabe, si dar algún paso para en algo transformarlo. Eso es lo que la mayoría de nosotros, profesores también, tratamos de hacer cotidianamente cuando ofrecemos a nuestros estudiantes una perspectiva para mirar con el fin de que ellos construyan la suya propia. Por tanto, lo que hacemos ejerce un papel activo en la construcción de saberes y en la preparación de una mirada crítica, obligación de la cual no podemos sustraernos como gente de universidad. El reconocimiento objetivo de que, desde hace seis años, en el Ecuador hay mayor inversión en asfalto y concreto, más hospitales, mejor infraestructura escolar, y mejores políticas de inclusión social, entre otras muchas obras, no puede hipotecar bajo ningún concepto ni temor la capacidad de analizar con criticidad los acontecimientos que marcan y determinan nuestras trayectorias como comunidad. No es fácil, al ser nosotros personas que leemos, desentenderse de lo que algunos investigadores de la coyuntura han calificado como un ‘régimen disciplinario’² con escasa capacidad de genuina

² Pablo Ospina Peralta, Ejes de la política ecuatoriana: medidas disciplinarias, conflicto social y cálculo electoral. Análisis de coyuntura, primera mitad del año, Quito, Comité Ecuménico de Proyectos, julio 2012.

interlocución con los grupos de la sociedad.

Hemos convocado aquí a una gama variada de profesores para que, sin restricciones, como sucede en los recintos universitarios, expongan lo que creen y lo que saben. La invitación ha sido amplia y plural; nos interesa la confrontación de ideas y aproximaciones que nos permitan construir una personalidad propia. Entre nosotros, las unanimidades son mucho menos productivas que los desacuerdos, porque en las universidades sí entendemos que la novedad en el conocimiento es la posibilidad de contradecir una verdad supuestamente única o acabada. La aproximación a los hechos culturales y literarios –al espíritu humano, en fin– nos ha enseñado que las manifestaciones culturales, artísticas y literarias traen siempre la ironía, la distancia, el cuestionamiento de todas las constricciones que pretenden uniformar nuestras concepciones sobre lo real. Todo el rato, las fiestas populares, las acciones callejeras, las canciones del pueblo, los poemas, las representaciones teatrales, etc., nos están diciendo que hay otras maneras de asimilar el curso de la vida, y que ellas están enfrentando el modo en que los poderes se manifiestan.

Tal vez la tragedia de la práctica política que toma el poder –incluso de la que autocalifica como revolucionaria– es que esta no se propone cuestionar los mecanismos y las concepciones con que el propio poder ejerce su dominio. Las artes y las letras están repletas de ejemplos que muestran cómo esto ha sucedido. Quienes abren su escucha a la persistente enseñanza en voz baja de la literatura saben que no es posible eliminar en su totalidad la falta de los humanos, su carencia de todo y por todo, y que, por tanto, no hay ya utopía capaz de hacer nacer la perfección en este siglo XXI. Lo que asombra –y molesta porque está en juego un vocabulario sin asidero en los hechos– es que nos quieren convencer de la existencia de la realización total y del último fin a través de un aparato publicitario jamás antes visto, que señala que la realidad en la que

debemos creer es aquella que los organismos de comunicación oficial quieren hacer pasar por verdadera.

¿No nos dan fortaleza moral los lugares simbólicos que han instalado la cultura, las letras y las artes, incluso la institución universitaria, para convertirlos en un contrapunto necesario de toda convivencia democrática? Sin duda, estamos ante un desafío: pensado desde el espacio universitario, es imposible abandonar la tarea de pensar y de decir, incluso a riesgo de cometer equivocaciones. No en vano hemos aprendido, por ejemplo, que la literatura contiene una dimensión pública crucial y notoria, mediante la cual se exterioriza sin restricciones lo que tenemos dentro. La literatura guarda un tesoro que no hemos aprovechado socialmente: ponernos en el lugar del otro. Esta comprensión básica está presente siempre en la ficción, y puede ser un mecanismo decisivo para aprender del inestimable valor de la cohesión comunitaria en una convivencia democrática.

*
* *

Vine a Quito en octubre de 1992 porque me dijeron que se estaba preparando una maestría en literatura. Enrique Ayala Mora, nuestro rector, y Raúl Vallejo, entonces ministro de Educación que finalizaba su primer encargo gubernamental, habían pensado en una Área de Letras en esta Universidad recién creada. En ese año –esto puede ahora sonar increíble– no había un solo titulado de máster o magíster en literatura que residiera en el Ecuador. De entonces a acá, con los altibajos inherentes a todas las instituciones, el Área de Letras –la primera área en constituirse formalmente en este claustro– ha titulado a cerca de 165 magíster en Letras y en Estudios de la Cultura con menciones en literatura hispanoamericana, comunicación, políticas culturales, diáspora afroandina, estudios indígenas, artes y estudios visuales, que constituyen una cifra y unas temáticas significativas que nos llevan a meditar sobre el sentido y los alcances de

lo que hemos venido trabajando, y, acaso, los golpes de timón que podríamos dar con el afán de lograr más solidez. Las participaciones de los colegas en este coloquio internacional nos permitirán, aparte de abordar la variada temática sobre cómo se estudian estos tópicos en el sur y en el norte de nuestra América Latina, una repercusión institucional, que nos obligará a repensar nuestros programas de estudio. Para nosotros, la palabra de nuestros invitados puede ser transformadora.

Esta celebración de la puesta en marcha de la Universidad Andina coincide con la realización del Programa de Doctorado en Literatura Latinoamericana, cuyos doctorandos también asisten, organizan y participan en este coloquio internacional. Esta responsabilidad es un gran desafío, pues estamos embarcados en el compromiso de impulsar una comunidad de investigadores de la literatura latinoamericana y prácticas culturales a ella relacionadas en la región andina en una perspectiva latinoamericana. Se trata, además, de producir un diálogo efectivo con otros doctorados de la Universidad, como los de Historia, Estudios Culturales Latinoamericanos, y Estudios Latinoamericanos, que pueden conformar un polo distintivo en las ciencias sociales y las humanidades en la región.

Hay presencias emblemáticas en este coloquio que empezamos hoy. Nelson Osorio ayudó a preparar la apertura del primer Programa de Maestría en Letras; vino a Quito antes de su apertura, discutió los documentos de sustento y dictó cátedra en la primera convocatoria del programa. Está aquí de vuelta; que sea esta una oportunidad para agradecerle públicamente por su empeño y generosidad intelectual en esta su comunidad quiteña, donde tiene muchos lectores. Son también profesores fundadores del área Julio Ramos, quien ha sido ahora fundamental para sostener con su enseñanza el doctorado, y que nos ha acompañado varias veces desde los no tan lejanos inicios. Igual ocurre con Guillermo Mariaca, para quien expreso mi agradecimiento por haber

confiado, en aquel entonces, en una universidad pequeñita que desde el primer día trató de cumplir responsablemente su tarea a partir del postulado del rigor y la exigencia. Ellos tres, que disertarán en el coloquio, son profesores fundadores; pero otros como Ricardo Kaliman y John Beverley, también panelistas en el coloquio, a lo largo de estas dos fructíferas décadas, nos han apoyado con su prestigio y saber para potenciar nuestros programas y darles un cierto lugar entre las universidades de la región. Por ello estamos contentos de que estén aquí, y acaso este coloquio sea una forma de agradecerles por la integración efectiva que se instaura cuando compartimos experiencias y realidades a lo largo de las Américas. Hay otras coincidencias: Alicia Ortega, profesora de la Universidad participante en el coloquio, fue alumna de la primera maestría; igual sucede con María Augusta Vintimilla, que, además, hoy forma parte de nuestro primer extraordinario grupo de doctorandos. A ellas les agradecemos por haber confiado en una institución que recién se iniciaba. Como se ve, este coloquio expresa una línea de continuidad con aquel proyecto iniciado hace 20 años.

*
* *

¿Por qué será que la literatura irradia un magnetismo curioso que la junta con el pensamiento latinoamericano y con otras ciencias sociales? Antes, esas disciplinas nos ofrecieron modelos de explicación de la realidad para nuestro campo de saber: la sociología, la filosofía y la antropología alimentaron nuestras metodologías de estudio de la literatura. Sin embargo, las letras, la literatura y el estudio de los hechos de la cultura hoy han colocado un eje importante a partir del cual podemos aproximarnos al diálogo con esas otras disciplinas. En esta Universidad, de hecho, las letras han sido un punto de articulación sustantiva con otros programas.

Una acepción de la palabra ‘estudiar’ es “cuidar con vigilancia”. Nos corresponde,

pues, en estos tres días del coloquio, cuidar nuestro lenguaje, decir bien los pensamientos, vigilar con tino las críticas, en la única perspectiva de compartir una experiencia típicamente universitaria: la de que el saber sólo es tal cuando circula sostenido entre muchos.

Agradezco a los participantes en el coloquio, a los que viven en Quito y a quienes han viajado del norte y del sur para, momentánea e ilusoriamente, posicionarnos en un centro del Sur que, en realidad, no existe en tanto tal. Se trata solamente de una metáfora que homenaja la circunstancia actual de nuestro aniversario. En nombre de quienes hacemos el Área de Letras, agradezco al rector, que ha apoyado decididamente y sin condiciones las actividades del área, y a todo el personal de la Universidad que ha hecho posible esta congregación en torno a la cultura y la literatura.

Esta ha sido la ponencia de inauguración, como consta en el programa; pero ahora la termino para que se convierta en una *quitancia* y dejemos, más bien, relucir el amplio bagaje de nuestros panelistas, profesoras y profesores que provienen de varios contextos académicos y vitales, a quienes debemos prestar nuestra mejor escucha e intención de diálogo.

Δ